

mesa de trabajo); inquietud que también ha sido de otros hombres y que Hidalgo conforma, por medio de su actividad política, sobre el grupo de sus feligreses. En *Imágenes de Hidalgo* la inestabilidad del pueblo está presente tanto como en *Los rojos*, cuando Porfirio Díaz, acompañado de la ya siniestra figura de Henry Lane Wilson, asiste a la ceremonia de inauguración del monumento a Washington. Mirando hacia atrás, la historia, con sus naturales variaciones, se repite: "el reparto de tierras ha provocado no sólo la ira, sino la desesperación de las clases poseedoras". Los datos sirven para explicar y el tiempo para comparar. En *El caracol y el sable* las estadísticas se convierten en documentos, y en *La balanza inmóvil* (el espinoso asunto de los braceros) los documentos se transforman en cifras. En todos los casos Gastón García Cantú termina señalando cuáles han sido las fuentes de sus deducciones, no en una búsqueda de forzada autenticidad, sino en la culminación de un estilo propio que se desenvuelve dentro de los límites de un género cabalmente escogido. No sólo por el deleite que nos entrega su lectura, *Utopías mexicanas* nos hace pensar profundamente en la génesis, por lo demás difícil de explicar, de esa clase de escritos que, al interpretar una realidad particular hacen surgir, en la transmisión de la idea, el movimiento social.

ALBERTO DALLAL.

ALFREDO CARDONA PEÑA. *Cosecha Mayor*. Biblioteca de Autores Costarricenses. San José, Costa Rica, 1964.

He aquí un volumen antológico que recoge la mejor obra poética de Alfredo Cardona Peña, tal vez el autor costarricense de mayor proyección universal en la actualidad. Esta antología tiene, pues, una especial significación; sobre todo para nosotros, pues ha sido en México donde el poeta ha realizado toda su obra, supuesto que radica en tierra mexicana desde 1938, y su primer libro apareció en 1944.

Cosecha Mayor comprende selecciones de los libros *El Mundo que tú eres*, *Valle de México*, *Poemas numerales*, *Bodas de Tierra y Mar*, *Los jardines amantes*, *Primer paraíso*, *Poema nuevo*, *Lectura de Dante*, *Poesía de pie*, *Mínimo estar*, *Oración futura*, *Poema a la juventud*, *Poema del retorno*, así como otros dos haces agrupados en *Poemas fuera de volumen* y *Poemas europeos*. Esta antología que los costarricenses quisieron hacer como un reconocimiento definitivo a su eminente poeta, ha resultado una hermosa edición por todos conceptos; por su valor estético y esencial, por su ordenación, por los juicios hechos sobre la obra de Car-

dona Peña en diversas ocasiones e insertados aquí con buen sentido para iluminar los aspectos que el lector debe ir descubriendo en la medida que avanza la lectura. Y, por último, también por el buen gusto tipográfico y el cuidado con que se integró, se distribuyó el material y se imprimió.

Todavía vale la pena referirse al acierto del título. Había la decisión de no incurrir en un lugar común —que deslava y “despersonaliza”—, y se organizó entonces un concurso para sugerir un nombre que no desvirtuara el sentido del libro (esto es, que era una antología), pero que tampoco resultara tan obvio y gastado. El concurso lo ganó Ernesto Mejía Sánchez que, al sugerir *Cosecha Mayor*, acertó con un nombre poético y definitorio por excelencia.

Ahora vayamos a fondo para examinar brevemente el espíritu mismo del libro:

El panorama entero de la antología ofrece un flujo, un oleaje que va desde la más suave insinuación lírica hasta un vigoroso tono épico. El mosaico, sin embargo, está sellado todo por un aliento personal en que se reconoce siempre al mismo poeta, no importa el registro con que esté cantando. Para objetivar esta afirmación, basta citar las primeras líneas de su primer poema y cotejarlas con las del último. En *Paisajes y Lejanías*, dice:

No se puede decir “está lloviendo”
y celebrar una antigua alegría
de trigo o bestia pura...

En *Segundo Monólogo* (Homenaje a Rimbaud), dice:

Caballo con alas mío
impresionante como si cayeran palpitaciones
sobre las páginas de un libro...

Tema y tratamiento difieren, pero no así la mecánica de la imaginación, la textura de la lengua que articula “su” poesía. Todavía se puede ensayar otra experiencia, y transcribir, al azar y sin previa selección, líneas aisladas y tomadas de diferentes poemas, libros, épocas del autor: “Sus violentos azules nada mueven...” “Tienen un ruido duro, lúcidamente ciego...” “Porque las plantas son la ruta de los himnos...” “Entonces huele a rosa milenaria...” “...decoraré su memoria sonriente.” “Su ojo penetró la sombra, como el rayo/del astro primogénito...” “Como aquellos varones antiguos...” “...sol, poesía y lámparas ardiendo.” “Los animales, tu amoroso entendimiento, las pensativas inmovilidades del monte...” “No hay dolor comparable al de los lirios...” “No sabría decir

cómo se escribe un grito. . ." "En silencio, por los rincones de la noche. . ." "Sopló con majestad en la neblina. . ." ". . . un silencio tan frágil/que se dijera hecho con cenizas de plumas."

La voz de Cardona Peña lleva siempre su vaho, su temperatura; lo que construye muestra su herramienta propia y habitual, aunque la misma herramienta construye noches y leopardos o cristales y eternidad.

¿Cuáles son esas herramientas, esos elementos reconocibles que integran su estilo? A una primera visión se advierte un cuidado clásico; el lenguaje es solemne, cernido en terciopelos, serenado en una madrugada que no parece transición entre la noche y el día, sino centro mismo de una luz peculiar. Esto de la luz no está dicho como un lirismo más para calificar ambiguamente otro lirismo, sino como una expresión que concrete especialmente un modo de ver. Se ve con diferentes matices la luz: Machado miraba a la luz del mediodía español; Cernuda, a la luz crepuscular de Andalucía; Vallejo a la luz mate de los nublados de tormenta; otros ven a través de una opacidad neblinosa. Cardona contempla a la luz de la madrugada, más cerca del día, punto en que se conjuntan el mito y el objeto. Esto es lo que da la atmósfera del lenguaje, su calidad melancólica, su lentitud o su aceleración.

Pero hay más. Mencionamos ya el mito, pero vale reforzar esta apreciación. Entre los muchos modos que tiene la poesía para transformar sus percepciones, hay uno que es como la capacidad de evadir el tiempo, hacer propio lo histórico y lo inmemorial, lo remoto y lo próximo. En la obra de Cardona Peña se siente a veces que el poeta arranca frisos, conmueve ídolos, encarna demonios, dibuja tapices. Una imagen presente queda con facilidad referida a un mito antiguo, de no importa qué ámbito, pues lo mismo sugiere el dibujo de un tapiz árabe que la estela de un templo maya. En lo remoto hay una misteriosa hermandad, y se desintegran los meridianos y los paralelos, y los tiempos se confunden y se amalgaman.

Veamos una estrofa del canto IV de *El mundo que tú eres*:

Bajo la piel comienza la noche de mi ser,
lo que fui en infinito gozo de danzante.
Bajo la piel, despierto, respirando
como el mar en la sal de su secreto,
el río de la sangre, su origen solitario
y la callada cifra de mi muerte.

En el canto I de *Valle de México*, dice:

Debajo hay una sed petrificada.
Ríos muertos se sienten. Pasan nubes.

Y arriba, innumerables,
danzan los genios de la luz;
danzan abiertos, tensos, traspasados
de luz, de luz, de luz...

En Lectura de Cervantes, dentro de los *Poemas Numerales*, perfila:

Hierros de don Alonso. Va el idioma
dejando entre las piedras su rocío.
Sabe la sangre a vino de paloma
y se detiene a conversar un río.

Poder de resurrección. Río y sangre, sangre y piedra, piedra y luz. Los reinos de la Naturaleza se mezclan y danzan, como en el mito, y como en el mito se animan y crean un mundo mágico en el que, por la gracia de la palabra, lo mineral tiembla y asoma su edad; la materia inerte recuerda que viene de un origen vivo y palpitante, reencarna en el símbolo, en la significación.

El mundo poético de Alfredo Cardona Peña es un mundo vasto y sin fronteras de tiempo ni de lugar.

En cuanto a lo formal, ejercita diversas técnicas: el clasicismo en el soneto y en los tercetos; la modernidad en el verso libre. Pero en una y otra forma señorea un aire de contemporáneo, suelto, libre y ágil; la imagen, la metáfora y el símbolo son audaces y nuevos. José Mancisidor dijo, a propósito del libro *Valle de México*: "Cardona Peña... nada inventa, pero todo lo ennoblece. Y es que la palabra, en su boca, logra una gran categoría, la categoría que sólo puede imprimir aquél que en verdad consigue vivir su oficio de poeta." Enrique González Martínez, por su parte, afirmó a propósito de *Poemas Numerales*: "...en sus *Poemas Números* (muestra) su devoción por lo histórico y (lo) legendario; y este culto consagrado a los monumentos perdurables de la cultura del mundo y que va de oriente a occidente, de lo medieval a lo renacentista y de Europa a los monumentos aborígenes de América, no es comentario marginal, sino expresión emotiva y eco resonante de una fervorosa meditación." En una introducción a *Bodas de Tierra y Mar*, Andrés Henestrosa dice: "Tú, Alfredo, recién llegado a nuestras cosas, has levantado la costra de nuestra tierra y has visto lo que debajo de ella palpita, canta y solloza... No la historia, sino la mitología de Juchitán, es esto que has escrito." Neruda, con *Los jardines amantes*, expresó que la poesía de Cardona Peña era "desbordante y solar", juicio que corroboró Giner de los Ríos.

Otro tono —una disonancia, a nuestro juicio— preside su volumen *Poesía de pie*, que desde su nombre parece errar y flotar a la deriva. Los

poetas que planean dar cierta clase de testimonios ajenos a su cuerda, suelen errar. La clase de testimonios que expresa Cardona Peña en *Poesía de pie* cabe en la voz de César Vallejo, en su grito áspero y de entraña caliente, febril; en la voz de Nicolás Guillén, en la de Neruda. En éstos el testimonio no es discursivo, prosaico ni declamatorio; en Cardona sí, porque él sabe cantar música polifónica, no música concreta. Le resulta peligroso pisar losa y asfalto, él que tan bien sabe hollar nube, rocío y estrella. Felizmente, el verdadero poeta resurge en *Mínimo estar*, en *Oración futura*, en *Poema a la juventud*, *Poema del retorno* y en los opúsculos dispersos que luego han sido rescatados en *Cosecha Mayor*, libro que evidencia el mayorazgo poético de una voz inconfundible, alta y trascendente.

JAVIER PEÑALOSA.